13.

# CORONA POÉTICA

DEDICADA

Á

# FR. LUIS DE LEON.



SALAMANCA:
Imprenta de José Atienza, calle de la Rua, n.° 45.

Abril de 1856.

# INTRODUCCION.



El nombre de Fr. Luis de Leon fué pronunciado siempre con respeto por cuantos admiran las joyas de nuestra literatura; pero en ninguna parte obtuvo mayor culto que en Salamanca, ciudad que conservó en todo tiempo viva la memoria del venerable agustino. La traslacion de sus cenizas, tantos años perdidas entre las ruinas que el tiempo y la furia de los hombres amontonaron, ha sido una solemnidad popular: y los que nacidos y educados en la patria adoptiva del poeta estudiaron en sus obras los ejemplos del buen gusto, aspiran á festejar aquel suceso con la humilde ofrenda de sus versos, medalla acuñada en el troquél del alma, mas duradera que las abiertas en oro, cuando los versos son dignos por su elevacion y nobleza.

Y no es solo un tributo del entusiasmo; es además una protesta contra la exagerada inclinacion materialista del mundo.

Por desgracia es cierto que la *indiferencia* hácia lo *grande y bello espiritual* va ganando terreno, como una ola devastadora. El siglo pasado con su filosofia revolucionaria, era tal vez *descreido*; pero hizo grandes esfuerzos de inteligencia y de gene-

roso entusiasmo; el indiferentismo que hoy deploramos, es inferior á la *negacion y á la duda*, porque consiste en el marasmo del alma, y produce la nada infecunda y nebulosa. Protesta y remedio á un tiempo contra esa enfermedad son las recompensas que nunca deja de otorgar el porvenir, aunque las niegue el tiempo presente. Parece que la Providencia procura demostrar de ese modo que para llegar á una dicha verdadera, y á una gloria inmarcesible, es preciso atravesar antes los desiertos de la tumba.

¡Y si solo el olvido fuese el premio que durante su vida reciben los grandes poetas! Pero ellos tambien se ciñen, antes que la corona de laurel, una corona de espinas. El genio es Homero, ciego cantor que mendiga por las Ciudades de Grecia; es Dante, que en los tormentos de la persecucion medita su fantástico viage; es Taso, el pobre loco, que muere consumido por su propio corazon; es Camoes, que pasea por los mares su infortunio, y vuelve á recibir en su patria la caridad de un lecho donde dejar la vida; es Cervantes, el inválido de Lepanto, que espira en la indigencia; es Fr. Luis de Leon, que en el horror de los calabozos sueña con la luz del sol, con el suave murmullo de las fuentes, con su campestre retiro, con la paz ignorada que le permitiera gozar en los deleites del campo, en la soledad de sus pensamientos, y con sus pensamientos en Dios, una vida *ni envidiada ni envidiosa.*

¿Quién, al leer aquellas odas, llenas de grave-



dad filosófica y cuyo estilo se desliza como las aguas de un rio que corre tranquilo por esmaltadas praderas, no ha sentido purificada su alma? ¿Quién no ha echado de menos, con melancólico presentimiento, el sosiego del espíritu que exhalan los versos del cantor de la «noche serena»? Pero ¡ay! aquellas imágenes apacibles, aquel ánsia por la libre soledad del campo... todo ello fué concebido en los fúnebres recintos de la Inquisicion. De allí, con el desengaño de los hombres, pero sin la funesta amargura que destilan las obras de Byron y Espronceda, salió Fr. Luis de Leon para aspirar su tierna poesía, en el huerto *á la ladera del monte*, y en la isleta del Tormes, el rio cuya fama eternizaron Melendez, Cienfuegos, Jovellanos, Iglesias.....; digno es de observarse este contraste!

Al tributo que el pueblo salmantino ha prestado á la memoria del Poeta, añádase el que aqui ofrece el entusiasmo de los aficionados á la poesía. ¡Ojalá que sirva de estímulo, y fomente el númen de los que hayan heredado algo de su genio! El amor á tal linage de gloria no debe confundirse con la vanidad ni el orgullo. Pues qué ¿mereceria la vida el trabajo de llevarla, si no flotase la eternidad al otro lado del sepulcro? ¿Mereceria la ciencia el trabajo de adquirirla, sino percibiese, á lo lejos siquiera, el galardon de la gratitud y el aplauso?...

A. Gil Sanz.



# FR. LUIS DE LEON.

Entre los muchos escritores célebres que produjo España en el siglo XVI, todos ó casi todos hijos de la Universidad salmantina, descuella en primer término la gran figura de Fr. Luis de Leon, que desde el modesto retiro del claustro, en la dichosa soledad de las orillas del Tórmes, ó en los lóbregos calabozos del Santo Oficio supo adquirir un nombre inmortal, hoy unánimemente sancionado por la desapasionada posteridad. La nacion que, no cabiendo en Europa, conquistaba con un puñado de héroes aventureros el recien descubierto continente: la que abatia en Lepanto el poderio de los musulmanes: la que preponderaba en el Concilio de Trento y en los consejos diplomáticos, producia, á la vez que consumados políticos y famosos guerreros, una multitud de sabios, cuya gloria, mas que la de los otros legítima y perdurable, ilumina los timbres iberos con puros y radiantes resplandores.

Fr. Luis de Leon, sabio orientalista, consumado teólogo, profundo expositor de las sagradas



letras, hábil humanista y poeta eminente, adquiria ya entonces una reputacion universal, que le suscitaba tambien no pocos enemigos, envidiosos de la ciencia y las virtudes, que no sabian comprender ni imitar. No nos proponemos emitir nuestro pobre juicio acerca de los escritos del célebre y modesto agustino; conocido está por sus imperecederas obras, y juzgado por los sabios de todos los paises. Los periódicos literarios españoles, y sobre todo los de Salamanca y los trabajos de algunos de sus hijos, se han ocupado muchas veces de este asunto, siempre de nuestro agrado, aunque ageno ahora de la índole de estos apuntes. Como prosista y como poeta, es inimitable Leon, y contribuyó poderosamente con su diccion y con su estilo á perfeccionar la lengua castellana que, contra la costumbre de su tiempo y las críticas de sus enemigos, usó siempre en casi todas sus obras. Sus poesias, cuyo primer editor fué Quevedo, cuarenta años despues de la muerte de Fr. Luis, pertenecen al género lírico-moral, aunque en la *Profecía del Tajo* nos dió una bella muestra de lo que hubiera podido hacer en el heróico. Inclinábanle principalmente á ello su profesion y su genio, y, segun el sentir de nuestra primera respetable autoridad contemporánea en estas materias, el principal mérito de las poesías de Leon y su carácter distintivo son el producir, sin esfuerzo y con la mayor sencilléz, pensamientos magestuosos y robus-

tos, imágenes grandes y sentencias profundas. No hay, con efecto, ningun poeta que con menos aparato de palabras y, sobre todo, con mas economía de epítetos, haya dicho cosas mas sublimes. Empapada su alma en la doctrina de los libros santos, abstraida su mente en la contemplacion de lo infinito, ocupada su vida en los deberes del claustro y de la cátedra, y gozando su sencillo corazon las siempre puras emociones del retiro campestre, brotaban sus ideas de los manantiales fecundos de lo bueno y lo bello, tipo de la suma perfeccion y de la verdadera poesía.

Nació Fr. Luis de Leon en Belmonte de Tajo, provincia de Cuenca, en donde pasó sus primeros años. Su padre, el licenciado D. Lope, fué oidor de la Chancillería de Granada, y habiendo sido tambien abogado de córte, siguió á ésta á Madrid y Valladolid, acompañado de su hijo, que á la edad de catorce años tomó el hábito en el convento de San Agustin de Salamanca, y profesó en 29 de Enero de 1544. En esta ciudad siguió sus estudios, siendo discípulo en Artes de Fr. Juan de Guevara y en Teología de los célebres Cano, Domingo de Soto, Mancio y Cipriano; en ésta facultad se licenció y doctoró en 1560, y un año despues obtuvo la cátedra de santo Tomás por gran mayoría de votos, en competencia con siete opositores, de los cuales cuatro eran ya catedráticos. En 1570 ganó tambien por oposicion la de Durando.

Tratábase de imprimir la Biblia de Vatablo, y el Santo Oficio encargó su calificacion á la Universidad, á cuyo efecto los catedráticos de Teología celebraron varias juntas en casa de su decano el Maestro Francisco Sancho; pero tan apasionadas fueron las discusiones, que se dirigieron las mas crueles amenazas y groseros insultos. Esta escision de los ánimos provenia ya desde el último concilio provincial, celebrado por disposicion del Tridentino; si á esto agregamos la pugna en que estaban los dominicos y gerónimos contra los agustinos, no nos sorprenderá que fuése objeto Fr. Luis de Leon de tales persecuciones, pues sin duda alguna era el que mas sobresalia entre los últimos. Uno de sus mayores enemigos fué el catedrático Fr. Leon de Castro, el cual tenia motivos personales de resentimiento contra él, llegando á tal estremo su ódio, que, aun despues de declarar el Santo Oficio inocente al Maestro Leon, glosó, zahiriéndole, las quintillas que este escribió al salir del calabozo. Recordamos con este motivo que del acérrimo enemigo del poeta, no formaba el mas aventajado juicio el emperador Cárlos V.

En 1561, á ruegos de doña Isabel de Osorio, religiosa del convento de Sancti-Spíritus de esta ciudad, habia Fr. Luis traducido y comentado en castellano el «*Cantar de los cantares*,» á pesar de hallarse prohibida por el Santo Oficio la version en

lengua vulgar de los libros sagrados. Un fraile que cuidaba de la celda de Leon, sacó una copia, sin anuencia de éste, la cual dió origen á los numerosos ejemplares manuscritos que de ella circularon por España é Indias. Con este motivo Fr. Bartolomé de Medina, que habia jurado vengarse del Maestro Leon, recogió las firmas de varios estudiantes, hallando así la ocasion propicia que tanto deseaba. El 26 de Marzo de 1572 se espidió mandamiento de prision contra Fr. Luis, y fué detenido en la posada del Inquisidor, que con este objeto habia llegado á Salamanca, el que le condujo inmediatamente á las cárceles secretas de la Inquisicion de Valladolid. Allí se recogieron declaraciones, no solo de diversos puntos de España, sino hasta de América, manifestando el fiscal que el venerable agustino habia incurrido en excomunion mayor y pidiendo fuese puesto en el tormento.

Hasta el 7 de Diciembre de 1576 permaneció el infortunado poeta en aquellos sombrios calabozos, sufriendo los mas crueles padecimientos; pero merced al poderoso influjo del Cardenal Quiroga, fué declarado inocente y obtuvo la libertad. Volvió entonces á Salamanca, que le acojió con triunfales demostraciones; mientras que la Universidad, por su parte, le recibia en claustro pleno y le señalaba una decorosa pension para que esplicase públicamente la sagrada Escritura. El primer dia que asistió á cátedra habia un concurso nu-

meroso, ávido de oirle, y esperando que prorumpiese en amargas quejas contra sus implacables enemigos; pero el sábio LEON, dando una prueba más de la sublimidad de su alma, principió su esplicacion con estas palabras: «*Deciamos ayer*»... Esto causó al auditorio la mas piadosa admiracion, por tan generoso olvido.

La mayor parte de sus poesías fueron fruto de los ócios de su primera juventud; algunas, sin embargo, las escribió en la cárcel; tambien los *Nombres de Cristo* y la paráfrasis de *Salmo* 26, que en 1580 dedicó á su bienhechor el Eminentísimo Quiroga. En 1583 dió á luz *la Perfecta Casada;* permaneciendo inédita hasta fines del siglo pasado la *Exposicion del libro de Job;* sus *poesías* fueron publicadas por el esclarecido Quevedo, como decimos arriba. Escribió además otras obras, muchas de las cuales se han impreso repetidas veces, habiendo desaparecido otras en los incendios sufridos por el Convento de San Agustin. Tambien revisó, y cotejó con los originales de órden del Consejo, las obras de Santa Teresa, y puso al frente un bien escrito prólogo.

Era ya el Maestro LEON Vicario general de la Provincia de Castilla; pero hallándose celebrando Capítulo en Madrigal, fué ascendido el 14 de Agosto de 1591 á Provincial de su órden; cargo que no llegó á ejercer, por que falleció el dia 23 del mismo Agosto á la edad de 64 años.



Fué traido el cuerpo á su convento de Salamanca y enterrado en el claustro, junto al altar de Nuestra Señora de Pópulo, en el ángulo llamado de *los Santos*, por hallarse sepultados en él varios varones de la órden, célebres por su saber y virtudes; siendo tan venerado por esta circunstancia aquel sitio, que estaba prohibido á los religiosos pasear por él, bajo severas penas.

Durante la guerra de la Independencia los franceses volaron el convento, permaneciendo desde entonces entre los escombros el sepulcro del ilustre poeta, y habiendo desaparecido despues las dos lápidas que tuvo, hasta que la celosa *Comision provincial de monumentos históricos y artísticos* dió principio á las escavaciones el 3 de Marzo del presente año, y el 13 del mismo tuvo la gloria de hallar los esclarecidos restos del inmortal cantor de «*la vida del campo*.»

Estos preciosos restos, colocados en un cajon provisional, se depositaron en seguida en el inmediato Colegio de la Magdalena, donde la Universidad está formando una nueva Biblioteca. Allí permanecieron hasta el dia 18, en que, puestos en una sencilla, pero elegante urna de zinc y madera, forrada de terciopelo, se llevaron por la misma comision de monumentos al cuarto llamado de *San Juan de Sahagun* en el magnífico Colegio mayor de S. Bartolomé, donde permanecieron mientras se preparaban las solemnes exequias. En estos pocos

dias fué indecible el entusiasmo que animó á la siempre culta Salamanca. Las autoridades todas, la comision de monumentos, la juventud, el pueblo mismo, nunca indiferente cuando se trata de honrar al genio, todos ribalizaron á porfia en preparar la nueva pomposa ceremonia. El M. I. Ayuntamiento constitucional, á peticion de algunos de los que suscriben esta corona y de otros jóvenes de la poblacion, acordó por unanimidad dar el nombre de Fr. Luis de Leon á la plazuela donde estuvo el convento, como lo dió hace algunos años á la calle donde vivió el inmortal Doyagüe, cuyos acuerdos merecieron sinceros aplausos de todo el vecindario.

Pero amaneció, por fin, el deseado 28 de Marzo, y á la hora marcada en el ceremonial, precedida de un piquete de caballería de la Milicia nacional y de los maceros del Ayuntamiento y de la Universidad, salió de las Casas Consistoriales la estensa solemne comitiva, compuesta de todas las autoridades y corporaciones, empleados, jefes y oficiales del Ejército y Milicia, Colegio de nobles Irlandeses, escritores salmantinos, Grandes y Títulos de Castilla, comisiones de la Universidad y de monumentos y multitud de otras personas distinguidas, presididos todos por el Sr. Gobernador de la Provincia. Cerraba la marcha una compañía de la Milicia con la música á la cabeza. Apesar de lo lluvioso de la tarde y de ser dia de trabajo, las

calles y balcones se veian poblados de gente; las campanas doblaban en fúnebres clamores y el pueblo asistia con religioso silencio á presenciar tan merecida como entre nosotros inusitada solemnidad. Llegados á la Catedral y recibidos por el Cabildo, pasaron al sitio preparado al efecto. Veíase ya la urna descollar bajo los arcos del templete de un elegante y bien iluminado catafalco, y sobre ella las insignias doctorales, una corona de laurél, un tintero y el manuscrito original de «*La Exposicion del libro de Job.*» Ya aguardaba en el presbiterio, para oficiar, el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, y las estensas naves de la inmensa basílica apenas podian contener á la multitud que se apiñaba. Cantóse á toda orquesta una gran Vigilia del maestro Doyagüe, salmantino, y despues de los responsos, emprendió la marcha la comitiva con direccion á la Universidad.

Llevaban las andas en que iba la urna cuatro estudiantes de Jurisprudencia y Medicina, que con calor se disputaron esta honra, y las cuatro cintas uno de los Alcaldes, un Diputado provincial, un Catedrático y un individuo de la Comision de monumentos. El Cabildo iba tambien en cuerpo con cruz alta y presidido por el Excmo. Prelado. El pueblo salmantino, con esa espiritualidad que distingue aun á sus clases mas ínfimas, comprendia y apreciaba la significacion de esta ceremonia, mezcla de comboy fúnebre y de paseo triunfal, y cor-



ria presuroso para no perder ni el menor accidente de la funcion. Nada mas digno, sorprendente y grandioso que la entrada por la puerta principal de la Universidad. El fúnebre tañido de las campanas, la tibia luz de la tarde que espiraba, el resplandor de los blandones, los ecos de la música que los oidos cautivaban, el misterio de aquellos claustros venerandos que cubrian antiguos tapices, el inmenso pueblo que se agolpaba y los Catedráticos, Doctores y escolares formados en el vestíbulo en dos álas y con hachas encendidas, todo esto daba á la entrada de aquellos restos queridos, un aparato y una pompa, llenos de dulce embriagadora poesía. Allí cuatro Catedráticos tomaron la urna y la condujeron á la suntuosa Capilla del establecimiento, donde con toda solemnidad se cantó el último responso. Acto contínuo se leyeron las actas de exhumacion de los restos y entrega á la Universidad, y dadas las llaves de la urna al Gobernador y al Rector, quedaron las preciosas cenizas del eminente lírico español decorosamente colocadas en el presbíterio de aquel templo, hasta que el Gobierno ó la Universidad erijan digno y conveniente sepulcro.

Así terminó aquella suntuosa ceremonia, que será eterna en los fastos de Salamanca, é inolvidable en la memoria de sus hijos. A los pocos dias se abrió una suscricion privada, para costear los gastos de impresion de la presente corona, y todas las clases contribuyeron á este laudable objeto



con la mayor espontaneidad. Ya está esculpida, y se colocará muy en breve, una lujosa lápida, con letras de oro el lema de «PLAZUELA DE FR. LUIS DE LEON» dentro de una preciosa corona de laurél; y el Ayuntamiento proyecta, además, convertir aquel sitio, hoy lleno de restos de ruinas y de informes escombros, en un bello paseito con un monumento en el centro, que perpetúe la memoria de FR. LUIS DE LEON.

La celosa comision de monumentos, por su parte, ha publicado tambien sus trabajos, incluyendo un plano del ex-convento y un diseñito de los restos, como estaban en el acto de la invencion.

De este modo sabe corresponder Salamanca, la culta, la noble y calumniada Salamanca, á la merecida celebridad que goza en el mundo de la inteligencia. La apotéosis de FR. LUIS DE LEON es el último testimonio que acaba de dar al mundo de cómo sabe enaltecer la memoria de sus hijos propios y adoptivos. La mas perjudicada de todas las ciudades españolas por las reformas universitarias de nuestro siglo, la menos favorecida siempre por el Gobierno en otras medidas administrativas, ha dado un solemne mentís á sus detractores, honrando la memoria del sábio cuanto modesto autor de la «*Perfecta Casada*» y de la «*Noche Serena*», gloria y prez de la literatura nacional. En vez de orgullosas pirámides y marmóreos se-

pulcros, que su pobreza no le permite levantar, erige esta corona, que simboliza y resume los nobles sentimientos de sus hijos y el proverbial espiritualismo que les distingue.




## I.

El sol de San Quintin y de Lepanto
En el mundo español resplandecía,
El ibéro pendon poniendo espanto
Del mar del sur á donde muere el dia;
Que el fuego de la patria sacrosanto
El elevado espíritu encendía,
Y al gran Filipo aun las lejanas zonas
Ciñeron á su sien áureas coronas.



## II.

Al gran Filipo, cuyo cetro de oro
Alzó la incomparable maravilla,
De las artes magnífico tesoro
Y alto blason de la sin par Castilla;
En él la Fé que al poderoso moro
Lanzó de España á la africana orilla
Se perpetúa, y la inmortal victoria
Que oscura empaña la francesa gloria.

## III.

Entonces levantaba el resonante
Himno de triunfo el portentoso Herrera,
Y de Leon la cítara vibrante
Del Tórmes suspiraba en la ribera;
Del sublime Leon, que en la radiante
Embrácida y tormentosa esfera
Contemplaba al lucir del rayo ardiente
El rostro de Jehováh resplandeciente.

## IV.

Y halló de sus cantares la armonia
En el gran *Libro* (1) admiracion del mundo,
Sol de verdad, raudal de poesía,
Y de la ciencia occéano profundo;
Siglos trás siglos su esplendor envia
Y eterno brilla, luminar fecundo!
En él halla consuelo el afligido,
Corona la virtud, lauro el vencido.

## V.

Y en ese Libro, que la mente inquieta
Jamás abarca en su incesante anhelo,
Halló su inspiracion el gran Poeta
Y la vida feliz cantó del cielo (2);
Y, con la voz doliente del Profeta
Que gime en lamentable desconsuelo,
Sollozó del Eterno á la partida (3)
Al ver la luz del mundo oscurecida.

---

(1) La Biblia.
(2) Alusion á su oda «*A la vida del cielo.*»
(3) Alude à su oda «*A la Ascension del Señor.*»




## VI.

¿A dó convertirán ya sus sentidos
Los que, oh Dios, admiraron tu hermosura?
Esclamó, y sus tristísimos gemidos
Aun el süave céfiro murmura.
Oh divino Leon, al fin cumplidos
Tus deseos están; y la luz pura
Que anhelaba tu espíritu insaciable
Te inunda en un océano inefable.

## VII.

Ya su inocente espíritu no oprime
De la calumnia vil la torpe saña,
Ni al férreo son de sus cadenas gime
En la prision atróz, terror de España;
Ya junto al sol de la verdad sublime,
Que la noche jamás su lumbre empaña,
Canta el glorioso amor que su alma inspira
Al angélico son de la áurea lira.

## VIII.

Y á tí, oh Dios, de la vida y de la muerte,
Que del justo eternizas la memoria,
Del flaco amparo, tempestad del fuerte,
Arbitro del Infierno y de la Gloria,
Astro de la feliz y adversa suerte,
A tí, oh Dios, del estrago y la victoria,
Dominador del viento y de los mares
Te ensalza en sus armónicos cantares.

## IX.

Y hoy del vate inmortal ornas la frente,
Que pura brilla en regalada calma,
Con la blanca azucena refulgente
Reveladora del candor del alma,
Y con el lauro triunfador luciente,
Y del martirio con la sacra palma;
Que quien tan altas prendas eslabona
Bien merece ceñir triple corona.

## X.

¿Qué es el silencio de la tumba vana
Para aquel que elevado por la Gloria
En la ostentosa cumbre soberana
Brilla del claro Olimpo de la historia?
*Esa insólita pompa* muestra ufana,
Al resonar los himnos de victoria,
Que del Génio jamás triunfa la muerte
Y su féretro en sólio se convierte.

## XI.

¡Gloria al Señor! En el sepulcro frio
En su magnificencia el Génio brilla,
La envidia cede, y el orgullo impío
Su inaccesible corazon humilla;
Santa es la paz del túmulo sombrio
Dó reclina la frente sin mancilla
El varon cuyo ingenio soberano
Es timbre y luz del pensamiento humano.

Manuel Villar y Macías.



# ODA.

*Morada de grandeza,*
*Templo de claridad y de hermosura,*
*El alma que á tu alteza*
*Nació, ¿qué desventura*
*La tiene en esta cárcel baja, escura?*

FR. LUIS DE LEON, *Noche Serena, Oda.*

Es canto de su lira,
Dulce, doliente, de amargura lleno;
Apenado suspira
Por un bien mas sereno,
Por flores de otro valle mas ameno.
Cual ellas su alma pura,
Del Ser Supremo imagen fortunada,
Anhela otra ventura,
Y romper la oxidada
Cadena que la tiene aprisionada.

Su espíritu estasiado,
*A aquella celestial eterna esfera,*
Dó mora el bien amado
Del cual gozar espera,
Dejando de vivir, llegar quisiera.
Que el bajo y torpe suelo
No es el lugar de la mirada suya.
¡Terrible desconsuelo
Que mas veloz no huya
El tiempo, ni que el término concluya!
¡Ah! su anhelo cumplido
Será, y rota la *cárcel baja, escura.*
Del mundo aborrecido,
Se elevará á la altura,
Mansion eterna de sin par dulzura.
De su pasar ligero
Quedará huella empero clara, hermosa,
Pues brillante lucero
Esparció magestuosa
Luz de verdad sobre la tierra umbrosa.
De la ciencia el misterio
Penetrar supo con feliz intento,
Ensanchando el imperio

Del humano talento
Y á ser llegando en letras un portento.
  Y oyose llamar sabio,
Y su alma pura se gozó en la ciencia;
De su inspirado labio
Bebió la adolescencia
Lecciones de virtud y de prudencia.
  Las Musas regalaron
A su cantar dulcísima armonía,
Y juntas le inspiraron
La uncion que poseia,
En celestial y tierna poesía.
  Y tambien el encanto
De la espresion sublime y deleitosa,
Y el pensamiento santo,
Y sencillez hermosa,
Que rebosaba su alma candorosa.
  Entre propios y estraños
Por su saber y su virtud amado
Logró prosperos años
De vivir afamado,
A estudio y enseñanza consagrado.
  ¡Ay! por que no faltára

A tan pura virtud, tormento agudo,
La envidia le prepara
Bajo potente escudo
Trama infernal de complicado nudo.
Mas triunfar no debia,
Y al ódio la inocencia confundiendo,
La acusacion impia
De aquel crimen horrendo
Como sombra á la luz huyó corriendo.
Y su *Cantar* amado,
Por uno y otro entonce repetido,
Al ilustre acusado
Presentó resarcido,
Como oro puro del crisol salido.
Calmada tanta pena
Con empeño tenáz y prodigioso
De nuevo á la faena
Volvióse presuroso,
Injurias olvidando generoso.
El mérito le encumbra,
Multiplicados cargos desempeña;
Ninguno le deslumbra,
Su pasado le enseña

Qué valen los honores que desdeña.
Mas ¡ay! tanta grandeza,
Conjunto tanto de virtud amada,
Tanta y tanta belleza,
La muerte despiadada
Ofendió, y pronto convirtióla en nada.
La voladora fama,
Del un confin al otro recorriendo,
Por sabio le proclama,
Sus versos repitiendo,
Coronas de laurel entretegiendo.
Los mortales despojos
En el templo de Aurelio recogidos
Contemplaron los ojos,
Sino muy atendidos,
Por lápida modesta defendidos.
Yacian allí durmiendo,
La paz gozando que la tumba encierra,
Cuando en zumbido horrendo
El clarin de la guerra
Alarma á toda la española tierra.
Y el corazon ardiente
De Independencia al grito que le llama

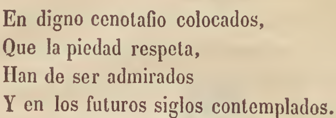


Encuéntrase potente,
Y muerte y guerra clama,
E Independencia sin cesar reclama.
El terrible enemigo,
Que la Sierra traspasa denodado,
No tarda en ser testigo
Del valor esforzado,
Y del ódio español reconcentrado.
Sin que nada respete
Temerario destroza, hiere, mata,
Frenético arremete
Y en furia desbarata
Cuanto su nombre y águilas no acata.
Y vence y es vencido,
Por dó quiera que vá lleva la saña,
Y asiento aborrecido,
Que á los Vettones daña,
Hace de la Ciudad que el Tórmes baña.
Fija allí sus reales.
En ella encuentra fama y monumentos
Gloria de los mortales,
De las artes portentos,
Que hoy conservan apenas los cimientos.

¡Que de horrores al punto!
¡Que negra soledad, que triste luto!
¡Que tirano conjunto
De la guerra atributo
Que pide horror y sangre por tributo!
Erguido se levanta
De Agustinos convento señalado,
Y en la artística planta
Santuario consagrado
A Dios, Señor Supremo, dedicado.
Pero al Francés ofende;
Pólvora pone en concertadas minas;
El fuego el aire hiende
Con llamas purpurinas,
Y el templo queda convertido en ruinas.
Las piedras por el suelo,
A medio derruir los paredones,
Esparcidos sin duelo
Y á merced de aquilones
Por acá y acullá los medallones.
A poco la guarida
De feas sabandijas y alimañas
Es la Iglesia querida,



Que oculta en sus entrañas
Restos mortales que honran las Españas.
Ocultos estuvieron
Un año y otro bajo tierra umbría;
Perdidos se creyeron.....
Y el sol cuando salia
Siempre velados, sin querer los vía.
Pero piadosa mano,
El tesoro buscando deseado,
Volvióle al pueblo hispano,
De quien era apreciado,
Resto mortal por todos venerado.
En Salamanca el grito
De entusiasmo resuena, y juntamente
Al del mundo proscrito
Saluda reverente
Con alborozo y con amor la gente.
Con pompa inusitada
Y religioso y patrio sentimiento
Es su memoria honrada,
Y le dá propio asiento
De Alfonso el literario monumento.
Los restos del Poeta



En digno cenotafio colocados,
Que la piedad respeta,
Han de ser admirados
Y en los futuros siglos contemplados.
  Y el salmantino ahora,
Las sagradas cenizas poseyendo
De aquel varon que adora,
En entusiasmo ardiendo,
Puede á los sabios señalar diciendo:
  «Ahí están, contempladlas;
«Vedlas rodeadas de esplendente gloria;
«Con amor saludadlas;
«Ellas son la memoria
«Del que poeta apellidó la historia.»

J. Ortiz Gallardo, Lopez del Hoyo.



# ODA.

—

Con alborozo inmenso
Corazones, latid.—No ya en la tumba
Lóbrega en que yacia
El sublime Leon y esclarecido,
Blason preclaro de la patria mia,
A la siniestra noche del olvido
Los restos venerandos
Condenados se ven.—Un pensamiento
Generoso cundió, y en los escombros,
Del templo á quien la saña omnipotente
Del justo Dios abandonó al estrago
Y sangriento furor de Marte aciago,
Las pálidas cenizas recogieron.—
Regocijo sin fin.—Vates de Iberia,
Las cítaras pulsad.—Y no el acento

Resonará de mi vibrante lira?
Sí, sí, que ya el aliento
Del númen celestial en mí respira.
Mi voladora mente,
Por la étérea region ya se derrama;
Ya siento arder en mi soberbia frente
Del entusiasmo férvido la llama.—
Sí, sí, yo cantaré.—Diosas del Pindo,
Alígeras llegad.—Mi tembloroso
Labio exhale torrentes de armonia,
Y, no indignos del vate sacrosanto,
Elévense por el espacio inmenso
Gratos como el aroma del incienso
Los resonantes ecos de mi canto.—
Así esclamaba yo.—Mi frente ardia,
Mi pecho sus latidos redoblaba
Y creció mi ardimiento y mi osadia;
Y prosiguió mi voz, y la voz mia
El sonoroso viento arrebataba
Al génio de los cóncavos sombrio,
Batiendo con sus alas del vistoso
Prado la verde alfombra.—
Sí, sí, yo cantaré.—La negra sombra,

La formidable sombra del pasado,
Evocará mi acento arrebatado.—
¡Oh! siglos, despertad, los que ya fueron
Y en el severo libro de la Historia
Una brillante página escribieron
Que ciñó de relámpagos la gloria;
¡Oh! de la tumba helada
En que yaceis alzad la frente osada.—
Tú, que admiraste la tremenda rota
Y el espantoso fin de la invencible
Y colosal armada,
Por el sombrio déspota lanzada
Con ímpetu temible,
De Albion á estremecer los yertos lares
Y reluchar con vientos y con mares;
Tú, que la diestra fuerte
Del español guerrero fulminando
Y el rebosante cáliz de la ira,
Y afrenta y luto y afliccion y muerte
Sobre la impura Roma derramando,
La mústia imágen de la gran Palmira
Quisiste renovar.—Siglo gigante,
Responde tú:—La espléndida corona

Que las diestras sagradas
De Apolo y de Minerva colocaron
Sobre tu régia frente,
De qué floron mas fúlgido blasona?
Cuál su perla mas límpida y luciente?
No es el nombre sagrado,
Por tí á la inmensa eternidad lanzado
Del Lírico eminente?
Responde—Y pavoroso
Y tremendo se alzó, se alzó el coloso,
Con su pesada planta el suelo hiriendo,
Las altas nubes con la sien tocando
Y el horrísono estruendo
El recrugir de tempestad bravia,
Su voz atronadora semejando....
Así el Eter inmenso estremecia.—
El es.—Jamás la osada
Y altiva inteligencia,
En la materia vil encadenada,
Jamás tan alto desplegó su vuelo.
La escelsa omnipotencia,
Que de astros rutilantes cubrió el cielo
Y que fulmina y forja el rayo ardiente,

Con su dedo tocó, tocó su frente,
En la que ya la inspiracion hervia,
Y aliento dió á su inquieta
Sublime y voladora fantasia,
Y el himno resonó del gran Poeta.
Las ciencias le juraron vasallage
Doblando reverentes la rodilla,
Y, si con torpe ultrage,
Quiso cubrir su nombre de mancilla
Un tribunal *sacrilego* y odioso,
En vano se afanó, que mas radioso
Resplandeció, enlazada
Al laurel de su gloria refulgente,
La palma de los mártires sagrada.
Dijo.—Y cuál bruma densa
Que del mugiente piélago la inmensa
Superficie llenando no turbada,
Es por brisa gentil arrebatada,
Se alejó, se alejó.—Y aun resonaron
Los fatídicos ecos,
Y en el sereno espacio se apagaron.—
Yo la frente abatí.—Del Universo
Al absoluto Rey solo humillada,



Y el ala desplegada
Del audaz pensamiento sosegando,
Esclamé.—Y arrojando
Lejos y con desden la bronca lira—
—¡Lírico celestial ¡quién no te admira!—

MARIANO GIL MAESTRE.





# SONETO.

Cantar no emprendo de Leon la gloria
Celebrando su dulce poesía;
Apreciar de sus versos la armonia
Obra fuera de un sabio meritoria.
El lustre enaltecer de su memoria
Tampoco intenta aquí la musa mia;
Objetos grandes que uno y otro dia
Entusiasmada contará la historia.
¡Ah! yo quisiera que en amor deshecho,
A virtud tanta tierno y conmovido
Se convirtiera con afan mi pecho;
Siguiendo así la *senda por do han ido,*
Aunque parezca tal camino estrecho,
*Los pocos sabios que en el mundo han sido.*

J. Ortiz Gallardo, Lopez del Hoyo.











(1)

**Tout périt, hors la glorie, et surtont la vertú.**

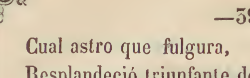
(*Dorat.—Régulus.—act.* 2.° *sc.* 8)

No puede el canto mio,
Vate inmortal, enaltecer tu gloria,
Que humilde desconfio
Evocar la memoria
De tan amarga lamentable historia.
Aqui donde tu vida
En envidiable paz corrió dichosa,
*Siguiendo la escondida*
*Senda,* que deleitosa
Al almo templo del saber convida;

---

(1) Todo lo que va en letra cursiva es ó imitacion de algunos giros del Maestro Leon, ó el comienzo de algunas estrofas suyas, ó el título ú asunto de casi todas sus obras.

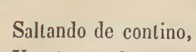
El Tórmes cristalino
Hoy en tu honor aumenta sus raudales,
Y el pueblo salmantino
Canta, Leon divino,
Al encontrar de tí restos mortales.
Que tu gigante fama
Vuela de siglo en siglo por el mundo,
Y sabio te proclama,
Y en vítores esclama
Que lleva el eco al cóncavo profundo.
No puede negra envidia
Tu nombre oscurecer; y si ultrajado,
Con los perversos lidia,
Como fué mancillado,
Tanto brilla despues acrisolado.
Un lustro perdurable
Negó la luz á tus cansados ojos,
Y en abismo insondable,
Sobre espinas y abrojos,
Te vió *á la Virgen implorar* de hinojos.
Y, víctima inocente
De la calumnia vil, en noche oscura
Tu candorosa frente,




Cual astro que fulgura,
Resplandeció triunfante de hermosura.
*Oye que al Cielo toca*
Unísono clamor: con impaciencia
El pueblo se convoca,
Y quiere á tu presencia
El triunfo declarar de la inocencia.
Y el Claustro venerando
De los egregios célebres Doctores,
Tus méritos premiando,
Calma tus sinsabores
Y te devuelve plácemes y honores.
Gozaos, bando impuro,
Turba inmorál de necios y envidiosos:
De vuestro mal seguro
Triunfo presuntüosos,
La innoble frente alzábais orgullosos.
Las prisiones inmundas
No matan de la ciencia los fulgores,
Y en tinieblas profundas
Despiden los albores
De mas divinos áureos resplandores.



Ni la virtud se abate
Por férreos lazos sin piedad sujeta,
Que en estéril combate
El justo al mundo reta,
Y es justo entre los hombres el poeta.
¡Con qué placer *al huerto*
*Que tu mano plantó* volviste un dia!
De flores mil cubierto,
Su aroma te ofrecia
Y tu sencillo pecho conmovía.
*El no aprendido canto*
Las inocentes aves modulaban,
Y en el silencio santo
Las áuras murmuraban
Y los árboles bellos agitaban.
Y la *fontana pura*,
Que descendiendo *de la cumbre airosa*,
El su curso apresura,
Por mirarte dichosa,
Nuevo caudal ante tus piés rebosa.
En medio de las linfas
Del undísono Tórmes argentino
Las hechiceras ninfas,





Saltando de contino,
Van á escuchar tu númen peregrino.
Lejos del mundo insano,
Aquí en tranquila soledad viviendo,
El placer sobrehumano
Tu pecho iba sintiendo,
Y á la mística vida renaciendo.
Ni grandezas ni honores
Ni el oro vil ambicionó tu mente;
Tus libros y tus flores
Formaban solamente
El gozo espiritual mas escelente.
Filósofo cristiano,
Los *innúmeros astros* contemplabas,
Y de la escelsa mano
La direccion mostrabas,
Y á los mundos de luz te encaminabas.
Y de las sacras Letras .
Intérprete feliz, ¡con qué dulzura
Sabio Leon, penetras
En la celeste altura
Y expones la verdad sencilla y pura!



O con épico acento
En la *del Tajo* hermosa *profecia*,
Describes el sangriento
Drama, que en triste dia
Al infiel entregó la patria mia.
Ó en éxtasis divino
Sigues del noble pensamiento el vuelo,
Y en etéreo camino
Con dulce desconsuelo
Despides al *Pastor que sube al Cielo*.
Ó de su *Nombre augusto*
La variedad simbólica mostrando,
Del mas que todos Justo
La doctrina enseñando
Vas, con virtud y ciencia deleitando.
Ó con tu voz austera,
Por el eterno Espíritu inspirada,
Ofreces la severa
Norma de *la casada*
Que aspire á *perfeccion* santificada.
¡Oh lira, oh dulce pluma!
Dadme sonidos, rasgos y cantares;
La admiracion me abruma,

Y aquí en mis pátrios lares
Quiero elevar pirámides y altares.
  Y sueño en mi esperanza
Seguirte luego á tu feliz retiro,
Y en dulce bienandanza
Las escelencias miro
De la sabrosa paz por que suspiro.
  *¿Cuándo será que pueda*
Del mundo vil abandonar el seno,
Y á la mudable rueda
De la suerte sereno
Impávido mirar de dichas lleno?
  Tranquilo en las orillas
Del apacible cristalino rio,
Veré las maravillas
De Dios, á quien confio
Los pesares sin fin del pecho mio....
  Pero de régia pompa (1.)
El confuso rumor llega á mi oido,

(1) En esta y las siguientes estrofas se alude á las solemnísimas exequias celebradas por Fr. Luis de Leon en la Sta. Iglesia Catedral de esta ciudad el dia 28 de Marzo del presente año de 1856.

Y de bélica trompa
Armónico sonido
Se mezcla con los vítores unido.
  Y vibra el bronce santo
Con fúnebre clamor, y *cubre el suelo*
*La gente*, y entretanto
Se agita con anhelo,
Y eleva preces al escelso Cielo.
  Y en las gigantes naves
Los armoniosos cánticos resuenan,
Que solemnes y graves,
De paz el alma llenan
De los que lloran y en el mundo penan.
  Y el solemne cortejo,
Ya la inmensa basílica dejando,
Con fúnebre aparejo
Prosigue acompañando
Las cenizas del cuerpo venerando.
  Y al pórtico suntuoso
Arriba ya del célebre Ateneo,
Que brilla magestuoso,
Y al Claustro entonces veo
Recibiendo el depósito precioso.

Salud, restos queridos,
Por tantos años sin cesar llorados,
Hoy ya restituidos
Al seno, donde, honrados,
Sereis perpétuamente venerados;
Si de la incuria ibera
Fuisteis, perdidos, oprobioso ejemplo,
Hoy la envidia extranjera
Callará justiciera,
Viendo que os guarda de la Ciencia el templo.

D. Doncel y Ordaz.

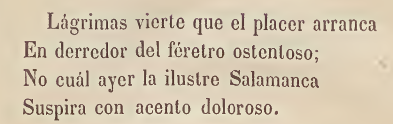


# ODA.

¿Porqué de voces mil eco sonoro
En las sagradas bóvedas retumba,
Y olorosa guirnalda y pluma de oro
Adornos son de funeraria tumba?

¿Porqué música dulce, regalada,
Y divinos y místicos cantares?
¿Porqué la multitud arrodillada
En torno á los magníficos altares?



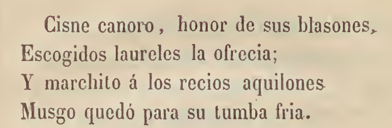


Lágrimas vierte que el placer arranca
En derredor del féretro ostentoso;
No cuál ayer la ilustre Salamanca
Suspira con acento doloroso.

¡Ah! no suspira, nó. Siglos pasaron
Que su abundante lloro recogieron:
Siglos cuya memoria se llevaron
Cuando al olvido misterioso huyeron.

Sola y abandonada entre el inmundo
Cieno, la joya de su amor yacia:
Astro de luz, del borrascoso mundo
De las pasiones generoso guia.

Ni un fúnebre, pequeño monumento,
Ni una lúgubre flor le recordaba;
Y el apacible y armonioso viento
Su esclarecido nombre murmuraba.



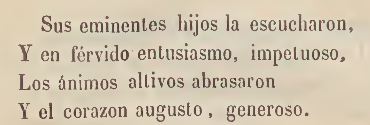
Cisne canoro, honor de sus blasones,
Escogidos laureles la ofrecia;
Y marchito á los recios aquilones
Musgo quedó para su tumba fria.

«¡Oh!» prorrumpió la tímida matrona,
Con voz entre sollozos apagada,
¿Vacilará en mi frente la corona
Tras años tantos con afan ganada?

«¿Dó están, dó están los célebres varones
Modelo de la España en otro dia?
¿No brotan ya tal vez sus corazones
El noble fuego en que su pecho ardia?

«¿Porqué si mi guirnalda se deshoja,
No recojen las flores desprendidas?
¡Náufrago que el hinchado mar arroja
Surcarán por los aires esparcidas!»



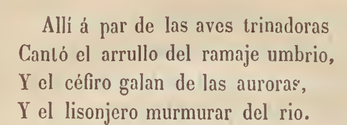


Sus eminentes hijos la escucharon,
Y en férvido entusiasmo, impetuoso,
Los ánimos altivos abrasaron
Y el corazon augusto, generoso.

Vibró su airado, soberano acento,
Como el eco potente de la gloria,
«Brille en oro, dijeron, opulento
El lucero inmortal de nuestra historia.»

¡Gloria á Dios! Gloria á Dios! Tu dulce Hosana
Suba entre nube de fragante aroma,
Que del frondoso Abril en la mañana
Así saluda al sol tierna paloma.

¡Con qué júbilo el Tórmes bullicioso
Viera junto á sus linfas cristalinas
Al inocente vate candoroso
Jugando con las rosas campesinas!



Allí á par de las aves trinadoras
Cantó el arrullo del ramaje umbrio,
Y el céfiro galan de las auroras,
Y el lisonjero murmurar del rio.

¡Oh! Con cuánto placer resonaria
Su venturoso huerto, varïado,
Cuando la agreste vida bendecia
Y el límpido arroyuelo sosegado.

Cuando, la noble España lamentando,
Escuchaba de Marte el alarido,
Y el militar clarin, y el fiero bando
Del Africa salvaje conducido.

Cien ilustres doctores le admiraron
Y su arcano las ciencias le dijeron,
Sus virtudes los justos respetaron
Y la maldad y el crímen le temieron.

Espíritu celeste, alma elegida,
Tú fuiste, Dios inmenso, su deseo:
Tú, que al romper la cárcel de la vida,
Te ofrecistes al hombre por trofeo.

Inícuo, infame, tribunal sangriento
Quiso extinguir su luz esplendorosa;
Y desde tu áureo, rutilante asiento
Abriste su morada tenebrosa.

¡Ay! Entonces de amor embriagado
Recordaba al Tabor tu omnipotencia,
En alas de su afan desmesurado
Volar ansiando á tu divina esencia.

¡Oh sublime Leon! ¿Porqué murieron
Los que cediendo á su delirio insano
Con impúdica audacia destruyeron
De tu paz bonancible el hondo arcano?

¿Porqué á tus viles jueces no levanta
De la urna sepulcral ignoto aliento?
Mas ¡ay! que solo su memoria espanta:
Llévela raudo rebramando el viento.

Llévela, sí. Por cuanto el sol inflama
El mundo admirará tu eterno nombre,
Y las robustas letras de la fama,
Si el cielo á la virtud, premian al hombre.

MELQUIADES GONZALEZ Y GONZALEZ.







# Soneto.

**Gloria perpetuum lucens mansura per ævum.**

(*Virgilio.*)

Vuele con sangre y crímenes manchada
De mil guerreros la funesta gloria,
Y abra sus negras páginas la historia
A tiranos y déspotas, menguada.
Por artes diplomáticas burlada,
Húellese la justicia, y transitoria
Conserven los humanos la memoria
De la santa verdad inmaculada.
No asi, Leon, los siglos que ya fueron
Nos transmiten tu nombre sin mancilla,
Que la ciencia y virtud enaltecieron.
Y aquí del Tórmes en la sacra orilla,
Donde coronas á tu sien ciñeron,
Eterna gloria en tu sepulcro brilla.

D. Doncel y Ordaz.



## [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

# ODA.

¡Qué venturosa vida
La del que huyendo el mundanal rüido
Sigue la esclarecida
Senda, dó en ciego olvido
El Génio jamás yace escurecido!
Que tan ilustre pecho,
Cuando hubiere el postrer aliento dado,
En el sepulcro estrecho
Será mas admirado
Que el rey entre oro y mármol sepultado.

Y la sonora fama
Ensalzará su nombre lisongera,
Dó enciende el sol su llama,
Hasta la postrimera
Linde del mar en la glacial ribera.
¿Qué inefable contento
Inunda el corazon entusiasmado?
¿Porqué el sereno viento
Atruena el redoblado
Clamor de un pueblo inmenso congregado?
¡Oh gloria! ¡Oh cisne mio!
¡Oh divino poeta milagroso!
Yo tu sepulcro umbrio
Tambien busqué afanoso
Siendo aun plácido infante candoroso;
Y si á mi ardiente empeño
El hado siempre se mostró severo,
Hoy luce el halagüeño
Instante lisongero
En que apareces, inmortal lucero.
Por las auras süaves
Vuestro cantar sabroso no aprendido
Alzad, canoras aves,

Y tu laurel erguido
Corona ese sepulcro bendécido.
  Que en esa tumba, abrigo
Halla el poeta de virtud modelo;
Oh Helmánticos, conmigo
Llegad, y en vuestro anhelo
Gozad el bien que nos concede el cielo.
  Del Tórmes la ribera
Hoy es de dicha venturoso puerto,
Hoy la alma primavera
El campo ayer desierto
Deja de flores donde quier cubierto.
  La muchedumbre ansiosa,
Del dia acrecentando la hermosura,
A esa tumba gloriosa
Con fé sencilla y pura
Hasta llegar corriendo se apresura.
  Y luego entusiasmada,
Guirnaldas de laurel entretegiendo,
La huesa respetada
De verdura vistiendo
Y con diversas flores vá esparciendo.






El aire las menea
Y ofrece mil olores al sentido,
Y el sol que centellea
Reverbera encendido
En las guirnaldas de laurel florido.
Ténganse su tesoro
Los que en el vil metal solo confian,
¿Qué les servirá el oro
Si necios se desvian
De la ciencia y virtud que al cielo guian?
¡Cuánta será su pena
Cuando en la noche de la tumba fria
Contemplen la serena
Purísima alegria
Del que en santos anhelos solo ardia!
Por eso sin mancilla,
De divina aureola circundada,
Resplandeciente brilla,
Aun en la tumba helada,
La sombra de Leon inmaculada.
Y mientras miserable--
mente vamos la vida atravesando,
De su gloria inefable

Las edades pasando
Ván el límpido brillo acrecentando.
  Su nombre esclarecido
De un polo al otro polo es ensalzado,
Su nombre repetido
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

MANUEL VILLAR Y MACÍAS.

**NOTA.** Esta Oda ha sido escrita en el mismo metro y en igual número de estrofas que la del Maestro LEON *á la vida del campo*; tomando de ella muchos versos íntegros, otros con levísimas variaciones, y guardando en todos las mismas ó semejantes consonancias á las usadas en aquella admirable poesía.




## LISTA NOMINAL ALFABÉTICA

DE LOS

# SS. SUSCRITORES

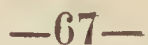
*para costear esta*

# CORONA.

Sr. Gobernador de la provincia, **D. Pedro Celestino Argüelles,**

Aparicio (D. Juan,)
Aparicio (D. Juan Mariano,)
Astiz Óbanos (D. Pablo,)
Atienza (D. José,)
Becker (D. Cárlos,)
Bermudez de Castro (D. Eusebio,)
Bonilla Ruiz (D. José,)
Caballero (D. Manuel,)
Colombo (D. Jacobo,)
Sr. Conde de Francos,
Corcho (D. Ignacio,)

Delgado (D. Rafael,)
Doncel y Ordáz (D. Domingo,)
Elena (D. Miguel,)
Elizalde y Mendive (D. Manuel,)
Fernandez (D. Ramon,)
Fernandez de Córdoba (D. Fernando,)
Garea (D. Ramon,)
Garcia de la Cruz (D. Pedro,)
Garcia Martin (D. Lucas,)
Garcia Serrano (D. Ventura,)
Gil Sanz (D. Alvaro,)
Gil Sanz y Maestre (D. Mariano,)
Gonzalez (D. Melquiades,)
Gutierrez (D. Valentin,)
Hernandez (D. Pelayo,)
Hernandez Iglesias (D. Fermin,)
Hernandez Tabera (D. José,)
Herrero (D. Cándido,)
Huerta (D, José,)
Lafuente (D.Vicente,)
Lamamié de Clairac (D. Eloy,)
Lamamié de Clairac (D. Juan,)
Lopez del Hoyo (D. Agapito,)
Madrazo (D. Santiago Diego,)
Marcos (D. Pedro,)
Excmo. Sr. Marqués de Castellanos,
Excmo. Sr Marqués del Sobroso,
Sr. Marqués de Valdegamas,
Sr. Marqués de Villalcazar,



Martinez de Céspedes (D. Mauricio,)
Mirat (D. Adrian,)
Montero Gonzalez (D. Ricardo,)
Murga (D. Pedro,)
Nieto (D. Francisco,)
Ojesto y Moral (D. Francisco Policarpo,)
Ortiz Gallardo (D. Juan,)
Perez Puyol (D. Eduardo,)
Porras y Sedano (D. Marcos,)
Ralero (D. Lázaro,)
Rivero y Rivero (D. Andrés,)
Rodriguez Pinilla (D. Tomás,)
Ruiz de la Bárcena (D. Emeterio,)
Samaniego (D. Mariano,)
Sanchez Monge (D. Manuel,)
Solano D. Cristóval,)
Villar (D. Angel,)
Villar (D. José,)
Villar y Macías (D. Manuel,)
Viñé (D. Cesáreo Antolin,)
Vivanco D. Doroteo,)
Sr. Vizconde de Revilla.)